Sobre “Versos para beber y también el vaso”, de Guillermo Briseño

Segovia, Francisco

2015-03-12

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/517>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

SOBRE *VERSOS PARA BEBER Y TAMBIÉN*
EN VASO

Mañana Dios estará muerto
Degustaremos en paz los milagros
Que olvidó dentro del vaso
GUILLERMO BRISEÑO

1. Arenga

Los sabios siempre han dicho que en el principio era el Caos, pero también siempre se han callado lo demás; o sea, que al final también; que el Caos también al fin será. Por eso preguntarnos: ¿qué sabiduría es ésa que nos moja los labios —como prometiendo, nomás—, pero al final se queda siempre con el vaso? Y aunque nos invitaran el trago entero, la verdad es que para los sabios y los curas de todas las religiones la idea del Caos sólo es buena si nos hace creer que el Caos nomás nos afeó el comienzo; porque si hay Caos luego —después y siempre—, entonces ¿cuál principio? Y no, no hay sabiduría ni religión que aguante eso. Pero a nosotros ¿qué nos importan esa sabiduría y esa religión a medias tintas? Nosotros de plano desconfiamos de ellas, y tenemos

Aversión por las ideas
por el alma y sus espejos
Aversión por el gerundio
y los poetas

que se callan harto más de lo que cantan y no hacen más que lanzar el trago y esconder el vaso. Como quien dice, nos enseñan el Caos por delante; nunca por detrás. Pero ¡no! Nosotros queremos bebérnoslo todo, con todo y vaso. ¡Y que nos den también el vaso!

Y no vayan a creer que nos rajamos en esto nomás porque, puesto ya el vaso aquí en la mesa, uno no halla el comienzo por ningún lado, y no sabe entonces por dónde empezar... Porque ése es nomás uno de los riesgos del desengaño que nos traemos entre manos: si no tenemos por dónde empezar, pues entonces no tenemos más remedio que agarrarlo todo, toditito, de un jalón —lo que nos bebemos y su vaso, sí, pero también el huevo y la gallina—, para no andar después haciéndonos bolas con el orden que deben seguir las cosas. Porque en el-mundo-por-delante-y-por-detrás las cosas no *deben* seguir un orden, por más que sigan a veces uno y a veces otro. En otras palabras, porque

La inteligencia es una res
ante la encrucijada:
establo o rastro

“Inteligencia, soledad en llamas”, que decía Gorostiza. Pero no nos vayan a salir ahora con que esto no nos deja ninguna salida. Porque ¿a quién le importa esa salida? Si no hay comienzo ni fin, entonces tampoco hay adentro y afuera, ni puertas que cruzar. Pero si aun así quieren ustedes una, tomen ejemplo de Briseño y tengan ésta, que les sirva de muestra:

La puerta de emergencia del lugar
donde me desdibujó
no da a la calle sino al vaso

Porque no se sale sino al vaso; no se entra sino al vaso. Por eso nosotros tenemos a verdad que todos los caminos van a dar al vaso. Por eso nomás eso nos ocupa, como un mantra:

No pienso por eso le canto al vaso

“Inteligencia, páramo de espejos!”, que decía Gorostiza. Pero esto no es, así nomás, renunciar a la razón y plantarse aquí desfachatadamente con el corazón en la mano (aunque lo hagamos, como antes lo hizo Vallejo); no es que, perdido el principio, también nos hayamos quedado sin principios —que no es lo mismo desconfiar de la sabiduría y de la religión que perder de plano la fe completa. Porque el Caos que no-

sotros vemos “por delante y por detrás” no es para nada post-moderno, así que nosotros no declaramos alegremente, como Boy George y su Culture Club: *“I’m a man without convictions”*.

Pero no se hagan bolas: las convicciones que nos quedan son nomás las más humanamente elementales: el amor entre un hombre y una mujer, el amor entre los padres y los hijos, el sentido de justicia. Las primeras dos cosas, se ve, no son verdaderas convicciones sino francos valores. La última, en cambio, que normalmente nos bastaría para formular una declaración política (y hasta lanzar un manifiesto poético) sólo rara vez nos precipita a la proclama y —todo sea dicho— al engolamiento sentimental (como cuando decimos “¡Anda México, despierta!”; o “Hay que matar la muerte”, en sincera oposición al grito fascista que proclamaba: ¡Viva la muerte!). Pero no es lo normal (si acaso, sólo lo hacemos estratégicamente); porque hasta el tono con que increpamos a los sabios, a los curas y a los poderosos es más juguetón que dramático. Por eso a cada quien le preguntarnos:

¿Vas a permitir que te atropiensen?

Y por eso ahora, aquí, puesto el vaso ya en la mesa, te pregunto a ti, y a ti y a ti:

¿Vas a permitir que te atropiensen?

2. Comentario

Yo no tengo más remedio que “atropensar” los versos de Briseño, pero tengo por disculpa que fue él mismo quien estoicamente me pidió que lo hiciera. Y los voy a “atropensar”, ni modo, porque en realidad yo soy bastante más serio que él, no en el sentido de comedido y responsable sino en el de circunspecto y aburrido. Lo malo de esto es que son ustedes quienes van a sufrir todavía un ratito por el estoicismo de Briseño, mientras yo “atropienso” en voz alta dos o tres cosas sobre su libro y la arenga que acabamos de oír.

Y por su final comienzo. O sea, comienzo por decir que el verso mismo que acabamos de escuchar bajo el disfraz de la arenga (“¿Vas a dejar que te atropiensen?”) es emblemático del libro entero de Briseño. Muestra, por una parte, su tono juguetón, pero también por

dónde van sus preocupaciones formales (pues ¿qué juego no es una investigación *en forma*?); muestra, además, un asalto a la razón como el que montaron los poetas románticos a fines del siglo XVIII —y siguen montando los del XX, como este Briseño, poeta romántico donde los haya. Con esto quiero decir, simplemente, que su actitud frente a la justicia y la injusticia, por ejemplo, es justamente eso, una *actitud*, no un programa político o partidista. Por eso no me es fácil distinguirla de las otras actitudes que rebosan de la boca de este vaso, y que la “Aren-ga” anterior proclamaba como valores elementales: el amor a una mujer y el amor de los hijos. Les pondré un ejemplo. En el verso final del poema “Doce”, dice Briseño:

Silencio vida, el amor tiene palabra

No dice “el amor tiene la palabra” —como si le pidiera a la vida que se callara para dejarle al amor el turno de hablar—, no: dice que el amor *tiene palabra* —como quien dice que el amor es la promesa que se acata, que el amor es fiel. No es éste un tema que ocupe mucho el escenario del libro, pero está siempre ahí, tras bambalinas. Puesto de otro modo: *Versos para beber* no se declara abiertamente como un libro de poemas de amor, pero ¿qué libro de poemas no es a fin de cuentas un libro de poemas de amor? Lo que quiero decir es que el libro es de poemas de amor, aunque sólo en unas cuantas (pocas) ocasiones, sea además de amor erótico. Lo que le importa es la fidelidad en que el amor se compromete y por la cual le es posible vertir en un mismo vaso el amor a la mujer y el amor a los hijos. Pero esto no debe verse como una actitud de “poeta subido” (como dice un verso de Orlando Guillén que le sirve de epígrafe al poema “Cincuenta”), porque no hay en ello colores celestiales ni mojigatería de ningún tipo. La fidelidad de su amor de padre, por ejemplo, no lo lleva a desconocer la animalidad que a fin de cuentas convive con la paternidad y que nos permite hacer toda clase de metáforas a propósito de “la sangre”. Como en Pavese, esa sangre es el destino al que nos ata la naturaleza. El poema “Ventiséis” dice:

Nosotros soplamos alrededor del vaso
como zumban las especies su versión
de la prosodia mineral

La intensidad de ese destino de especie que arraiga en la tierra se ve en un poema sobre los hijos, el “Diez”, donde Briseño dice:

Los hijos estomudan
y nace un volcán en su árbol
orinan y se apaga
[...]
Soy hijo de mis hijos
escurre la especie
a cuenta nuestra y sola
como puente de saliva
en cuyo lado oriente grazna
la herencia con su pico y su aceite

El tema se repite en el poema “Treintainueve”, que es francamente erótico, aunque remata en son de guasa:

Este bamboleo voltea la sangre
sobre el vaso de la herencia
Me desnudo y entro
muero al revés
como muere un mexicano

Hay en todos estos versos un viaje a la naturaleza finalmente elemental (animal y mineral) de la carne —como el que a veces se ve en Vallejo—, pero también un viaje al trance donde la carne, vista “por delante y por detrás”, nos deja palpar no sólo la evolución de la especie sino también su involución —como ocurre en Gorostiza (de quien vienen los versos que sirven de epígrafe al libro entero). Pero si es verdad que el vaso de Gorostiza le sirve de *leit-motif* durante el viaje, también lo es que el viaje mismo no sigue un itinerario preciso, como el de Gorostiza, sino que Briseño nos lo va entregando según éste se desarrolla, como una bitácora, como un diario de a bordo, a la manera de Vallejo: un trance, pues, más que un viaje.

Pero, puestos ya en este trance, la mención de estos dos poetas me obliga a confesar ahora que hasta aquí sólo he citado algunos versos “fáciles” de Briseño, y que no todo su libro es así. Quiero decir que el buen humor y los juegos de palabras no alcanzan a esconder que sus versos se colocan entre los dos extremos más extremos de Gorostiza (el

Gorostiza de *Muerte sin fin*; no el de las *Canciones para cantar en las barcas*) y de Vallejo (el Vallejo de los *Poemas humanos*; no el de *Los heraldos negros*). Tanto por los temas como por las preocupaciones formales, Briseño se coloca a la mitad entre los dos. Pero estrictamente, cuánticamente a la mitad —sin poder hacerse ni un poquito más a la derecha ni un poquito más a la izquierda—, porque lo que media entre Vallejo y Gorostiza no es una gama continua de posibilidades sino una sola órbita cuántica. Si uno no se siente bien en esa órbita, tendrá que cambiar de átomo. Pero miren un ejemplo de buen acomodo entre ambos. Es casi una letanía. El poema “Seis”. Y lo cito entero:

Tabaco de honor
 Tabaco pura sangre
 Tabaco de cristal y frío
 Tabaco en los dientes y en el alma
 en los pies, la garganta y el puñal
 Tabaco de guanábana y mamey
 Tabaco de zanahoria y calabaza
 Tabaco en los versos y en los himnos
 Tabaco sinfónico en el vientre
 que estremece los metales
 Hay un diafragma que suda
 los almizcles
 de la música fecunda
 Tabaco ingenuo que no sabes
 con quién durmió la patria
 Te estoy esperando en Ítaca
 con el vaso vacío

Hay algo aquí del “Ulises salmón de los regresos”, de Gorostiza, pero también de aquel “váca mi estómago, váca mi yeyuno”, de Vallejo. ¿O no suena en ese “diafragma que suda” algo más que una anatomía —una botánica— y algo más que una botánica —una referencia a la membrana que cubre los tímpanos, esos que retumban en el pecho cuando los estremece el tabaco sinfónico? Todo aquí vibra por simpatía: el puñal y las frutas (“guanábana y mamey”), la carne y el amor, los metales y el diafragma, lo animado y lo inanimado. Estas correspondencias entre dos cosas aparentemente distintas nos deja verlas al derecho y al revés, por dentro y por fuera al mismo tiempo —o, como hemos dicho ya, por

delante y por detrás. En realidad, pues, no las vemos con el ojo racional del cíclope —es decir, guiñando un ojo y mirando con el otro a través de un solo vaso de vidrio (otro diafragma)—, sino a través de dos ojos —o sea, con profundidad y perspectiva), de dos vasos (brindando): vasos comunicantes.

Supongo que no me malinterpretarán si ahora digo que sí, que *Versos para beber* es un libro caótico, caótico por delante y por detrás. Divertidamente, gozosamente, amargamente caótico, a veces. Pero ¿no es lo natural? Después de todo estamos en Ítaca, esperando, con el vaso vacío y solo. Y entonces ¿qué esperamos? Vayamos a llenarlo de nuevo —que por esperar no pararemos—, para alzarlo y brindar de una vez por este libro, que ya luego podremos irnos al diablo —como Gorostiza y su “putilla del rubor helado”— ... que ya podremos irnos cada quien para su casa... con todo y vaso. Salud.

Francisco Segovia
Cuernavaca, 22.01.01